

¡MENUDA FAMILIA, MAGALÍ!

NÚRIA BUSQUET

MÀRIAM BEN-ARAB

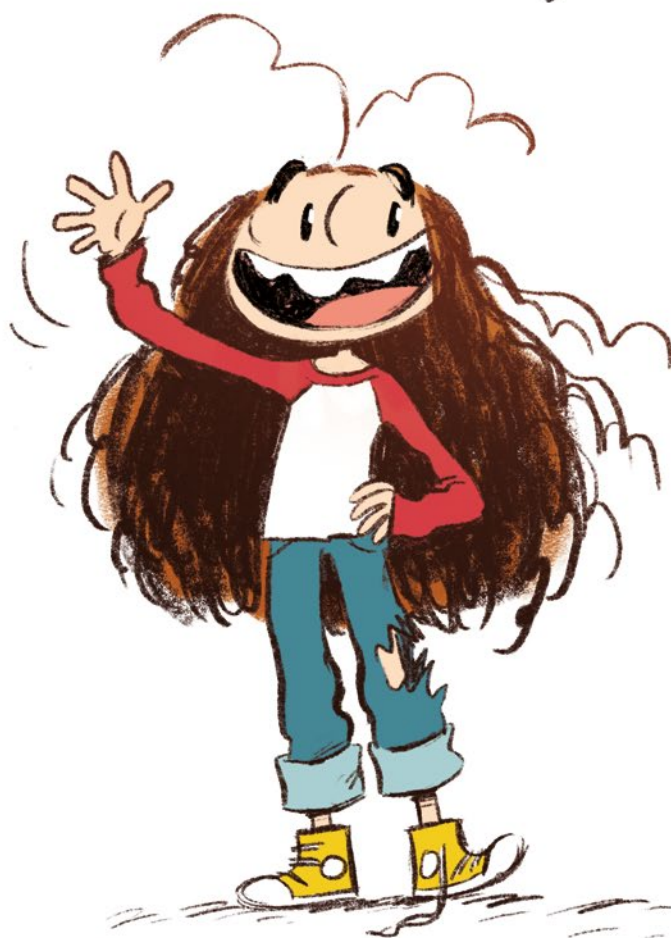


1

UNA PRESENTACIÓN COMO ES DEBIDA

¡Hola a todos!

Me llamo
Magalí Bienliada.
Odio las mates
y las espinacas.



Me encantan el fútbol y el queso. En el cole tengo una tutora que se llama Pepita. Si algún día habláis con ella, no le digáis que os he contado cosas de ella. No querría que pensara que le presto atención cuando habla. Porque es una tradición: los alumnos de todas las épocas y de todos los países siempre han fingido que no prestan atención a los maestros.

A ver, niños,
repasemos el teorema de
Pitágoras...

Yo me sé
la ley de Murphy, pero
el teorema de Pitágoras,
ahora mismo, no me
viene a la mente...

Buah, tía,
¡qué burra eres!



Y Pepita siempre dice que, cuando hablas con gente nueva, tienes que presentarte.



Las historias tienen que empezar por el principio, y, antes de empezar a contar algo, tienes que utilizar las palabras clave, que son las siguientes:

¿QUIÉN?

¿DÓNDE?

¿CUÁNDO?

¿POR QUÉ?

Hola, Pepita.

¿QUIÉN?
Soy Magalí Bienliada
y tengo diez años.

Magalí,
no hace falta que levantes
la mano ni que te presentes,
que ya sé quién eres.

No me interrumpas,
Pepita, por favor. Estoy
empezando la historia
desde el principio.

¿DÓNDE?
Voy a quinto en la escuela
pública municipal de Villacaniya de Arriba,
en la comarca del Frangonés.

¿CUÁNDO?
Voy a la escuela todos los días, menos
los sábados, los domingos y los festivos.
Tampoco voy en vacaciones. ¿POR QUÉ?
Que quede bien claro que si voy es porque me
obligan. En concreto, mis padres.

Mi madre cree que la escuela es necesaria siempre que no me hagan hacer algo que «entre en los parámetros del capitalismo salvaje y el control gubernamental de las masas».



Sospecho que tendré que ir a la escuela muchos años todavía. Ahora tengo diez: soy mucho más madura que cuando tenía nueve y tengo mucha más experiencia en la vida. Esto te da muchos privilegios: puedes reírte de los pequeños, robarles la pelota a la hora del patio y, claro, enseñarles la tradición ancestral de no prestar atención a los maestros.



Mi madre también tiene carácter y se hace respetar. Por eso tiene pocos amigos. Dice muchas cosas porque habla mucho. Yo hago como que no la escucho, como con Pepita, y por eso siempre está gritando:

Me suelen castigar a menudo. ¿A que es raro? Bueno, más que a menudo, todos los días, pero siempre de forma muy injusta. Cuando se me escapa alguna palabrota, mi madre dice que es porque tengo carácter, y que es mejor insultar que tener que sonreír porque te insulten a ti. Pero, después de decírmelo, siempre me cae un castigo.



Mi padre dice que tal vez esta tendencia a decir palabrotas tenga que ver con una educación poco refinada. Que deberíamos hablar más de las cosas y leer más a los pensadores universales, o sea, a personas sabias.

Mi padre es abogado y lo arregla todo hablando. Habla y habla, hasta que la gente deja de escucharlo. Se ve que en su trabajo esto es normal, pero en casa...



Ahora que tengo diez años, empiezo a sospechar que los adultos no saben muy bien lo que hacen. Delante de los demás fingen que controlan, pero los niños sabemos que no es así.

Los adultos que nos rodean nos dan información contradictoria, lo que significa que nunca se ponen de acuerdo y, a veces, tenemos que decidir a quién tenemos que hacer caso. Es muy estresante.



Fede, mi padrastro,
dice que las espinacas
tienen mucho hierro.
Pero, entonces,
¿por qué pesan tan poco?

Yo creo que es
un tipo de hierro especial,
inventado por la TASA, la agencia
espacial norteamericana.
Yo fui a Florida a visitar sus
instalaciones. Cuando sea mayor,
tendré un cohete. Supongo
que ya lo sabéis...

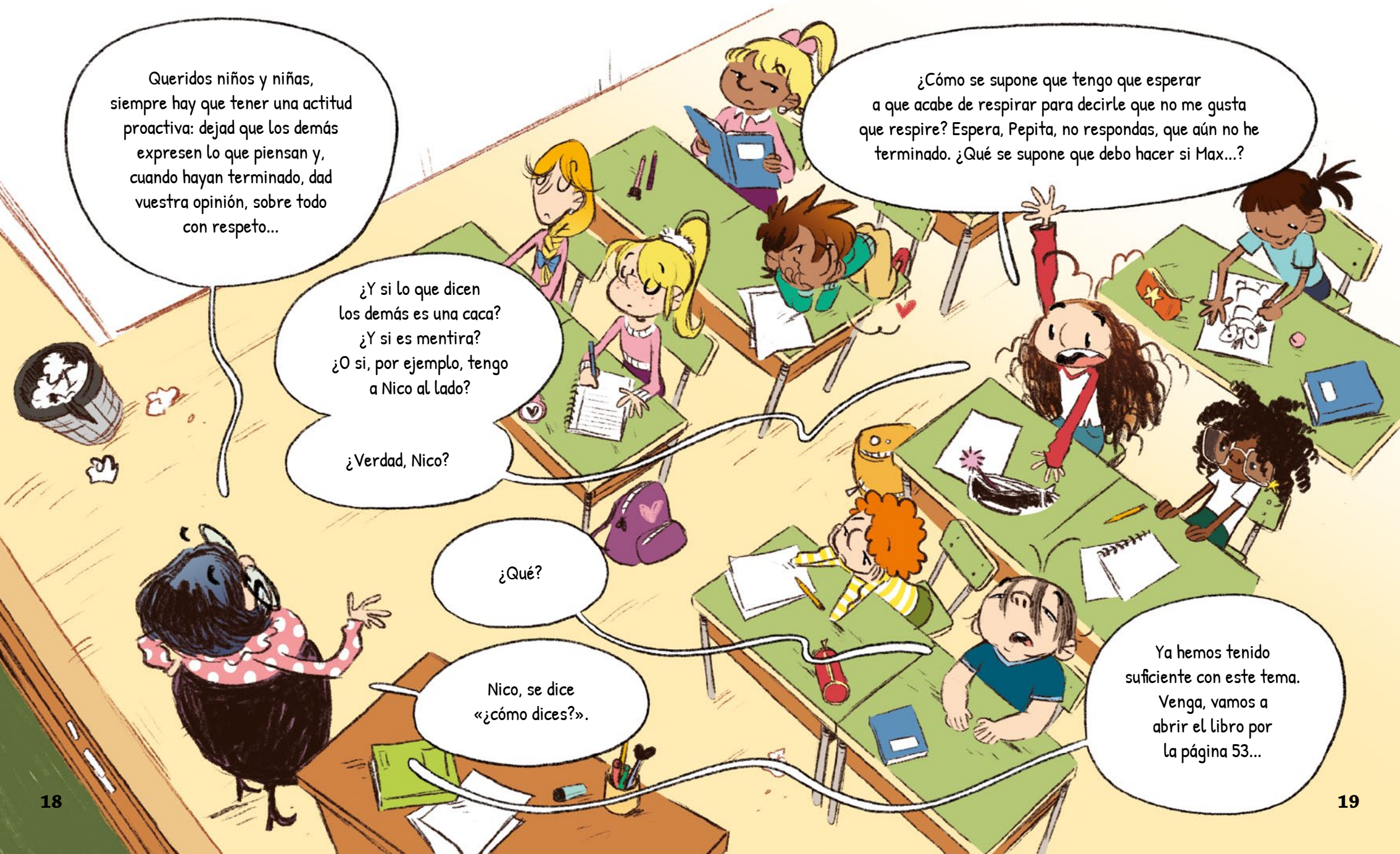
Podría ser, Max.
Segunda pregunta:
si las espinacas son tan buenas,
¿por qué me dan tanto asco?

Yo creo que
los adultos nos engañan
porque les hace gracia vernos
hacer las cosas que nos piden.
Abusan de su poder.

Eso lo hace
todo el mundo con los que son
más pequeños que ellos: por ejemplo,
los de quinto lo hacemos con
los de cuarto. Por eso
debemos rebelarnos.

Tienen esa manía de no parar de hablar. Pepita dice que las cosas hay que resolverlas hablando, y que «siempre hay que tener una actitud proactiva con los demás».

Lo que significa que tienes que dejar hablar a los demás y tú tienes que escuchar y, si tienes algo que decir, debes levantar la mano.



Esto es lo que Pepita hace cuando no me quiere responder, y entonces las «niñas monas» de la clase, sobre todo Nuria Concoleta, se colocan bien el pelo detrás de la oreja, obedecen inmediatamente y hacen lo que se les pide, y yo me muero de asco.

